

JORGE ENRIQUE LAGE

Libros raros y de uso



Edición: Javier L. Mora
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Jorge Enrique Lage

© Jorge Enrique Lage, 2023
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Con todo, existe, y más perceptible de lo que podríamos desear, un movimiento descontrolado, que produce angustia en los otros y provee el modelo de la angustia imposible propia. También se lo llama arte. El arte es una multiplicación: estilos, bibliotecas, metáforas, querellas, el cuadro y su crítico, la novela y su época... Hay que aceptarlo como la existencia de los insectos. Hay restos por todas partes.

CÉSAR AIRA: *Cecil Taylor.*

Así pues, escribo desde la convicción de que las formas de hablar, escribir y vivir que estudio en los capítulos que siguen están sufriendo una profunda transformación.

GUSTAVO PÉREZ-FIRMAT: *Vidas en vilo.*

Primeros apuntes

Intentó un lenguaje cifrado, ese fue el principio de todo.

Aparece en sus notas más antiguas. El diseño de unos pictogramas que semejan iconos de apps, logos de marcas inexistentes. Caracteres que después grabó con punzón en una serie de tablillas de barro.

Tablillas enterradas en varios puntos de La Habana: sótanos, túneles, grietas de alcantarillado. Entre los cimientos de aquellas edificaciones que en algún momento del futuro cercano tendrán que ser demolidas para levantar otras.

Los excavadores que vendrán (si es que vienen excavadores), cuando encuentren (si es que los encuentran) esos documentos escritos en un pasado inmediato, pasado reciente pero a la vez remoto, completarán (sin querer, sin saber, sin pretenderlo) el sentido de este proyecto-cápsula titulado *Arqueología posfuturista*.

Descifrando la escritura cuneiforme, se lee lo siguiente:

“Estoy solo, toda la mierda literaria ha ido quedando atrás”.

Y abajo, lacónica, la firma del artista:

JEL

Ocultó otros mensajes en el subsuelo habanero, inscripciones rupestres en nuestras cavernas? O tal vez cada tablilla dice algo diferente, diferentes alfabetos?

No sé, todo pudiera ser.

Sus primeros apuntes dejan suficiente margen a estas especulaciones.

Lo cierto es que llenó varias páginas con sus pictogramas, distribuyéndolos en forma de parches o matrices. Combinándolos aleatoriamente, al parecer, para originar nuevos símbolos que, de tan sobrecargados, ya no decían nada.

Lo cierto es que él ya estaba solo, artísticamente hablando.

Y que toda la mierda literaria se estaba quedando atrás.

Con estas notas no me propongo la escritura de ningún libro.

Nada de historia, nada de teoría, nada de crítica.

Nada de nada.

Cuando tenía doce, trece años, empecé un diario. Escribí en él hasta que me fui para Miami, recién cumplidos los quince, y allí lo abandoné.

En Miami hasta mi propia caligrafía empezó a resultarme desfasada, insegura, ingenua (mi caligrafía era yo).

Lo que estoy haciendo ahora es retomar aquel hábito, aquel impulso. Y me he puesto a escribir sobre el trabajo de la figura más increíble (es increíble la palabra?) del arte cubano de la primera mitad del siglo XXI.

Es igual. Forma parte de lo mismo.

Pero es mejor. Porque ya no voy a escribir más sobre mí misma.

Visión de irrealidad

Parecía el tiempo de los emprendedores, pero yo nunca he sido emprendedor. Cuando tuve en mi poder cierta cantidad de dinero, lo invertí todo en una librería de segunda mano. Un negocio de compraventa de libros usados.

La librería de viejo existía desde mucho antes: ocupaba un pequeño local en los bajos de un edificio del Vedado, en la calle I, esquina con la calle 25. A unos metros de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

Se llamaba Cuba Científica. Y yo la compré con todos los libros dentro.

Presumo que el nombre tendría su explicación en esa proximidad con el ámbito universitario. Cuba Científica pudo haber sido alguna vez una librería dedicada a la venta de volúmenes teóricos y técnicos, destinados a la enseñanza especializada, y después el tiempo y la devastación editorial la reconvirtieron en la librería de viejo que yo conocí, donde ya se remataban toda clase de libros.

No sé. Nunca pregunté.

Pero una cosa era segura: si no le habían cambiado el nombre antes, yo tampoco lo haría.

Aquella fue la librería de mis años adolescentes, donde compré mis primeros libros y me los llevé a casa pedaleando una bicicleta china. Aquella fue la librería de mis últimos años de estudiante, el refugio adonde

siempre iba a husmear, a matar el tiempo cuando no estaba en clases, o cuando me saltaba las clases.

Porque yo terminé estudiando allí mismo, en la zona, a solo unos metros. Terminé estudiando en la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana. Donde me gradué de Licenciatura en Bioquímica, y donde, casi simultáneamente, me despedí de la bioquímica para intentar convertirme en escritor.

Ahora no soy nada y no soy nadie. Y nunca lo seré. Eso lo tengo claro.

Si he sido algo, si he sido alguien, he sido lo que alguna vez llamaron “autor de ficciones experimentales”. Una etiqueta generosa y de sabor optimista para calificar a quien escribe cosas estrafalarias, desestabilizadas, poco amables, poco legibles.

Una lengua excéntrica, por decirlo rápido y mal. Perder la lengua.

No se me ocurre nada más opuesto a un emprendedor.

Ya instalado en mi nueva, es decir, en mi vieja librería, me senté tras el mostrador donde estaba la caja registradora, a esperar la visita de mis primeros clientes.

Tuve la fantasía de verme llegar a mí mismo, mucho más joven y con ese entusiasmo de lector polilla que los años se encargarían de quebrantar.

Tantos recuerdos.

Yo era aficionado a los policiacos, al terror fantástico —Poe, luego Lovecraft— y, sobre todo, a la ciencia-ficción. La ciencia-ficción fue durante mucho tiempo el argumento principal de mis visitas a Cuba

Científica. Una sci-fi que era pródiga en carcasas soviéticas y del este europeo.

Estos géneros circulaban en el país con un logo característico. Cada título lucía en portada un dragoncito encerrado dentro de un círculo. Era el sello de la colección Dragón, fundada por el periodista y escritor Oscar Hurtado.

Pero eso, el origen, el nombre propio, lo supe después. En la práctica no tenía importancia quién había creado qué colección, ya que toda empresa editorial pertenecía al Estado, empezaba y terminaba en el Estado. Y el Estado, por los tiempos en que yo me hice lector, era sinónimo de penuria y escasez en todos los órdenes. Garantía de aislamiento total. Además de dueño de todas las librerías, el Estado era también el único distribuidor. Resultaba difícil conseguir libros nuevos en ediciones extranjeras, novedades de autores contemporáneos. La isla era aquel dragoncito encerrado dentro del círculo.

Allí me encerré yo en los años 90. Ediciones cubanas de los 60, 70 y 80. Décadas de un futuro más luminoso, un futuro que nunca alumbró. Páginas amarillentas y con agujeros de polilla. Muchos agujeros.

Eso era todo lo que había.

No llegó la hipotética versión más joven de mí mismo. En su lugar, entró a Cuba Científica una mujer abanicándose con una revista. En el aire que la rodeaba había dos cosas: belleza y cansancio. Las dos en abundancia.

Tenía, según supe después, treinta años, recién cumplidos, pero su aspecto era infinitamente más juvenil. Tal vez a causa del abanicado, llegó hasta mí una

ráfaga del olor de su piel. Capté algo ahí bajo el sudor, algo que me hizo pensar en años fuera del país, al otro lado del circulito y del horizonte, más allá de cualquier sensación de encierro.

Tiene que haber sustancias así. El equivalente geopolítico de las feromonas.

La visitante paseó la vista por los estantes y las mesas sin demasiado interés. Muy pronto sus distraídas ojeadas empezaron a incluirme a mí también. Era obvio que solo había entrado a la librería para escapar unos minutos del intenso sol de la calle. Seguramente tenía un sitio mejor adonde ir, pero tampoco estaba apurada.

De pronto dijo:

¿Me recomiendas algo?

Sin pensarlo mucho registré una hilera de libros, dejé caer algunos al suelo con inesperada torpeza y puse en sus manos un ejemplar polvoriento, impreso por la editorial Letras Cubanas en 1983. Muchos años antes de que ella naciera.

Era la antología de Oscar Hurtado titulada *Los papeles de Valencia el Mudo*.

Un volumen que recogía la obra, escasa y ya completamente ilegible, de un autor de segunda o tercera fila.

Pero un autor al que le gustaban muchas de esas cosas que a mí, durante mucho tiempo, también me gustaron.

Los llamados subgéneros.

La fantasía especulativa, los saberes “duros”.

Valencia el Mudo es el apodo de Manuel Hurtado, un pescador español oriundo de Valencia que pierde la

lengua en un ritual satánico celebrado en una casona del Cerro, durante la Guerra de Independencia. Después se convierte en vampiro. O más bien revela la parte ancestral de vampiro que habitaba en él. Y aunque no tiene lengua, va a encontrar la manera de comunicarse con su nieto. Comunicar una tradición, una herencia secreta.

En la playa, en el sopor infernal del crepúsculo caribeño, el vampiro pescador se aparece con un pescado putrefacto y escribe en la arena unas palabras.

Del mar fue saliendo mi abuelo, el abominable Valencia el Mudo, todo lleno de inmundicia, envuelto en lo que parecía ser una telaraña. Volví el rostro: no quise verlo: tan horrible es mi abuelo sin lengua. Todo lo frío del mundo salía de su boca. Se me acercó para depositar algo a mis pies. El viento me trajo un olor a pudrición. Miré hacia abajo y vi que se trataba de un pez hediondo.

El pez entre mis zapatos. Mi abuelo, Valencia el Mudo, se vuelve, e inclinándose, escribe con el dedo en la arena:

LA SANGRE MÁS SINIESTRA SE ESCONDE EN TU FUENTE.

Sobre eso mismo, palabras en la arena, trata un poema de Gastón Baquero. Se titula “Palabras escritas en la arena por un inocente”. Tengo por seguro que a Hurtado el nieto le hubiera desagradado hasta la náusea este nexo poético —hay cosas más nauseabundas y ominosas que la escena anterior—, la rima que se establece por sí sola con el famoso primer verso de Baquero: *Yo no sé escribir y soy un inocente. / La sangre más siniestra se esconde en tu fuente.*

Y viceversa: *La sangre más siniestra se esconde en tu fuente. / Yo no sé escribir y soy un inocente.* Todavía mejor.

Pero luego hay otro momento en que, al parecer, Valencia el Mudo sí es capaz de hablar, o al menos tiene otra forma de decir sus cosas. Algo así como un soplo confidencial, un soplo monstruoso pero sin lengua.

La lengua ausente me sigue pareciendo un dato clave, no sé bien por qué.

Oscar Hurtado, que si no me equivoco murió víctima de un tumor cerebral, escribe:

Yo, que siempre deseé morir de risa, como Julián del Casal, tendré que luchar contra la visión de irrealidad que mi abuelo, el vampiro, me sopló confidencialmente en los oídos aquella agradable tarde primaveral, a la hora en que el sol es más amable. Lo que me dijo no es producto de un cerebro paranoico: está confirmado por sus papeles.

Se llamaba Laura.

Era crítica de arte. Especialista en arte cubano contemporáneo.

O al menos eso fue lo que me dijo. Lo que me sopló confidencialmente en los oídos, como si le diera vergüenza, como si no quisiera que nadie más se enterara.

La revista con la que entró abanicándose era un número viejo de *Wired* en cuya portada se leía:

THE DIY REVOLUTION STARTS NOW
HOW TO MAKE STUFF
(IF YOU CAN THINK IT, YOU CAN BUILD IT!).

Zonas de terror

Salí a caminar. El reencuentro con una ciudad que ha cambiado muchísimo pero que de algún modo permanece anclada en el pasado, en el pretérito imperfecto, como los últimos recuerdos que dejé dentro de ella (vestidos color cake, peinados de princesa, tacones, una celebración que también fue una despedida).

Mis recuerdos no importan.

Esto no es un diario, no sé qué cosa es esto.

Cuando miraba los edificios, los muros, los recovecos de las calles rotas, llenas de baches, estaba viajando en otra conjugación de la memoria: reconociendo aquellos sitios donde aparecieron un día los grafitis de JEL.

La memoria que me interesa practicar en estas páginas. Memoria de archivo, de catálogo, de hipervínculos. No de cositas íntimas ni peripecias personales.

A ver qué sale.

Los stencils representaban el rostro de un hombrecillo. La mirada cubierta por una sombra de color (los hombrecillos eran rojos o negros). La boca, de gruesos y torcidos labios, era lo que más resaltaba.

JEL empleaba un spray de cristales líquidos para dotar de movimiento a sus grafitis. La finísima capa pantalla resultaba imperceptible en la superficie rociada con pintura, era indistinguible de ella, de modo

que los transeúntes no tardaban en darse cuenta de que no estaban frente a un simple anuncio publicitario. Esto era otra cosa.

El hombrecillo de JEL sonreía, empezaba a reírse, estallaba en carcajadas, y de pronto su boca se encogía en una mueca circular y sobrevénia la tos, una tos aguda, una tos incontrolable, y entonces el hombrecillo arrojaba sangre por la boca, regaba sangre por toda la pared (una tos desde dentro de la pared), lanzaba sangre en escupitajos, ahogándose, hasta que cesaba la tos y con ella el movimiento del grafiti, que concluía con el hombrecillo muerto, y luego, después de una pausa, reiniciaba con el hombrecillo riéndose.

Reproducido por toda La Habana, el stencil animado ponía nerviosas a las ya de por sí nerviosas autoridades.

Cubrirlo con pintura gruesa era la respuesta rápida, aunque no del todo eficaz: pasados los días, algunos destellos de la risa y el ahogo del hombrecillo todavía podían atisbarse debajo de los brochazos.

Se determinó que la técnica más efectiva para detener el movimiento (sin contar la acción terminante de derribar, golpes de mandarina) (oh, como me hubiera gustado verlo!) era mojar el stencil con abundante agua antes de pintar encima. Pero como el hombrecillo aparecía a menudo en lugares poco accesibles, en lo más alto de algunas notables fachadas (cómo subía JEL hasta allá arriba con su spray de cristales líquidos??), este procedimiento podía resultar bastante aparatoso.

Por ahí andan las fotos.

Los videos con camiones y largas escaleras.

Los bomberos tratando de apagar un grafiti.

Y mientras tanto, en otros sitios de la ciudad, podía uno tropezarse con los Audífonos Colgantes (son mías las mayúsculas, así iré poniendo cosas mías).

En otros muros, en otras paredes: audífonos colgando de sus cables (el cubano y la música que brota por todas partes, la música que supuestamente “corre por las venas”).

Es de suponer que la mayoría de los transeúntes se limitara a echar un vistazo y seguir de largo. Algunos los habrán desenchufado por curiosidad, para examinarlos, tal vez para llevárselos. Algunos habrán pensado que se trataba de los restos de alguna instalación de sonido. Seguramente nadie pensó que aquellos audífonos eran de naturaleza grafiti, estaban conectados a un contexto grafiti. Ahora sí, perfectamente accesibles. Pero supongo que a nadie le habrá pasado por la cabeza llevarse a las orejas unos audífonos abandonados cuyos cables emergían de un repello, de una columna cariada.

O a casi nadie, no sé. Creo que yo no me hubiera atrevido. Admitir la posibilidad de escuchar algo, de escuchar cualquier cosa, a través de ciertos cables.

Se escuchaba al hombrecillo riéndose con ganas desde cualquier otro punto de la ciudad.

Se escuchaba al hombrecillo tosiendo cada vez más fuerte.

Se escuchaba el borboteo de la asfixia, los estertores de la sangre subiendo por la garganta.

Por ahí anda la grabación.

Después JEL colgó esos mismos audífonos en el techo de una galería.

Los cables descendiendo ahora desde lo alto, una especie de cúpula.

En un entorno cerrado, silencioso, apacible, intelectual, el espectador era más dado a participar. Allí todos entendían que la idea era prestar los oídos. Pero lo que se escuchaba ya era otra cosa, y el volumen era mucho, mucho mayor.

Era prácticamente insoportable.

Eran gritos, diferentes gritos.

Gritos que venían de afuera.

Gritos de mujeres aterradas.

ÍNDICE

Primeros apuntes / 9
Visión de irrealidad / 11
Zonas de terror / 17
La poca o ninguna ciencia / 21
La puerta de al lado / 28
Un mecanismo, un filtro / 33
<i>Yoy Can Observe A Lot By Watching</i> / 39
A través del tiempo / 45
Ambigüedad & Abstracción / 52
El ángel de la topología / 57
En suspensión oscura / 65
<i>The H Word</i> / 70
Brazos de la red / 76
¿Qué vienes a hacer a Chile? / 83
Hiperventilados / 92
Fabricar un plural / 98
Recuerda el seudópodo de una ameba / 106
Otro <i>timing</i> / 110
El mercado literario / 117
Sin epílogo / 120